

ADOLFO DIAZ Y CARLOS CUADRA PASOS

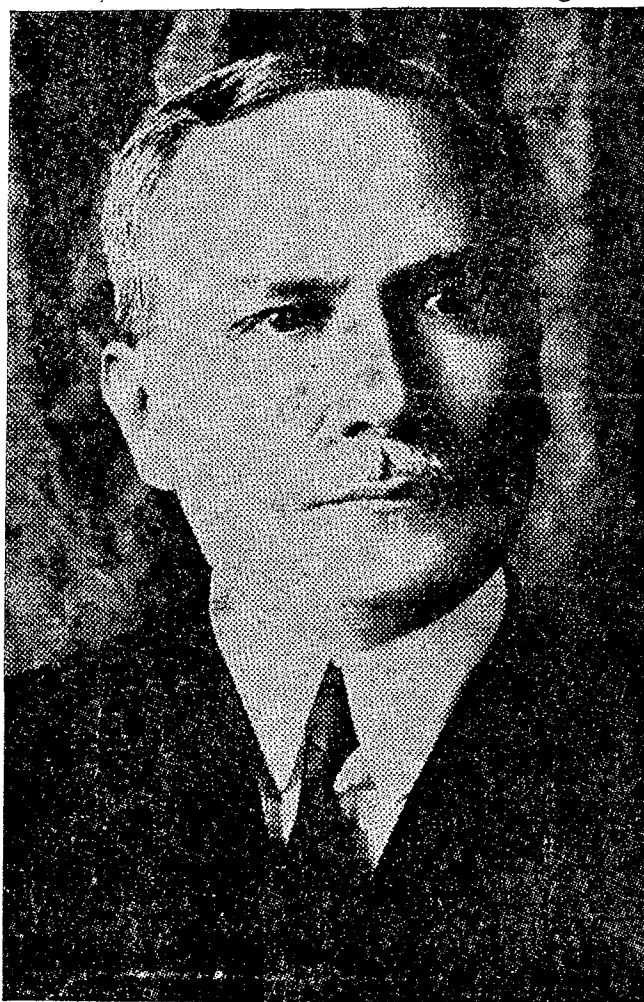
VISTOS POR **EMILIANO CHAMORRO**

I ADOLFO DIAZ

De los viejos que participamos en política, Adolfo Díaz, Carlos Cuadra Pasos, algunos otros y yo, los amigos Díaz y Cuadra Pasos se han ido dejando una huella indeleble en las páginas de la reciente historia de Nicaragua... Creo sin temor a equivocarme que de los otros participantes en nuestra política quedamos muy pocos.

Es muy humano, que yo, que estuve muy vinculado a Carlos Cuadra Pasos y a Adolfo Díaz, sienta hondamente la partida hacia lo Eterno de éstos caballeros y que en mi mente se amontonen viejos recuerdos de hechos y sucesos que viví con ellos... Difícil es, cuando de hombres públicos se trata, separar el vivo sentimiento de afecto de las intervenciones puramente históricas para que surja nítida la verdad desnuda de los hechos. Adolfo y Carlos fueron honestos en sus actuaciones personales y por lo mismo me atrevo a afirmar que estarán de acuerdo conmigo en que, a mi modo de ver, deje en mi intimidad el afecto que siempre les tuve y refiera sin adornos los sucesos que me tocó convivir

con ellos, mejor dicho, algunos de ellos, pues será para mejor oportunidad que pueda agrupar en forma más dilatada, las intervenciones de ellos y yo en la vida política de Nicaragua... Sé también que aceptarán, como yo, esta contribución de la experiencia para la juventud nuestra que le ha tocado vivir en el período más sombrío de nuestra existencia republicana... Cometimos errores, actuamos equivocadamente, seguimos caminos diversos, nos unimos y nos separamos, nos distanciamos y volvimos a encontrarnos, pero en



donde estuvimos siempre de acuerdo fue en el sincero amor a la Patria y en la buena fé con que actuamos. Enfocamos en diferentes épocas la vida Nacional de distinta manera, intervenimos por caminos a veces opuestos, nos cruzamos y entrecruzamos en la accidentada vida política del país, en condiciones y con enfoques diversos; unas veces marchamos juntos, otras nos colocamos en polos opuestos pero, en el fondo de nuestros sentimientos estaba invariable la imagen de la Patria. Tenemos que admitir, tanto Adolfo, como Carlos, algunos otros y yo que los frutos que sembramos no dieron la cosecha que anhelamos y por mi parte confieso con dolor que la tierra que regamos con tantos sacrificios, resultó más estéril de lo que deseamos. No rehuyo responsabilidades y estoy cierto de que Adolfo y Carlos que no las rehuyeron en vida, aceptarán desde el Más Allá el lote que les corresponde.

Adolfo Díaz se crió en un modesto hogar, de posición social, pero de muy limitados medios económicos. Su padre el General Carmen Díaz era, además de militar, Poeta; yo lo conocí en Managua cuando tenía Adolfo, más o menos, 14 años de edad y desde entonces fuimos amigos. Nos tratamos muy frecuentemente, porque su hermano mayor Enrique, era como el jefe de la casa Pedro Joaquín Chamorro y Compañía y tenía a su cargo la Contabilidad del negocio y fue el que se lo llevó a trabajar a la firma con un pequeño sueldo. Adolfo, que tenía un carácter observador, mas bien callado, discreto y de agradable presencia, se fue relacionando poco a poco con la numerosa clientela del negocio que era muy fuerte en aquella época en la compra y venta de café y otras líneas y en el transcurso del tiempo, fue mejorando de posición dentro de la organización de la Empresa. Por razones de parentesco con los dueños yo visitaba asiduamente la casa comercial de Pedro Joaquín Chamorro y consecuentemente mi contacto con Adolfo se hizo frecuente. Es de notar que sin ser Adolfo un joven comunicativo y lo que comúnmente se llama "simpático", las amistades que hacía lo estimaban mucho y él ejercía cierta influencia en ellas, especialmente cuando emitía juicios y opiniones sobre política. Recuerdo ahora que cuando llegó la Revolución del 28 de Abril de 1893, promovida por ciudadanos de Granada y jefada por Eduardo Montiel, el General Joaquín Zavala, Ex-Presidente de la República y el General Agustín Avilés, administraba yo las propiedades de mi padre Don Salvador Chamorro y hacía negocios por medio de él con la firma de Pedro Joaquín Chamorro. Adolfo como ya dije continuaba en su empleo en ésta casa. Al estallar la Revolución estábamos en casa del General Cuarezma en una vela de la Sra. Chepita Saballos esposa del referido General José María Cuarezma. Nos encontrábamos allí, entre otros, el des-

pués General José Santos Zelaya, Salvador Lezama, Cayetano Ibargüen, miembro éste de la firma Zavala y Chamorro, otros muchos conservadores y liberales, Adolfo y yo. Se recibió en la propia vela el aviso de la Revolución en la que Granada había sido tomada, porque Miguel Molina vino a dar el aviso a Don Pedro Joaquín Chamorro de que el General Joaquín Chamorro de que el General Francisco Gutiérrez siendo Comandante del Cuartel lo había entregado a Don Eduardo Montiel. Don Pedro Joaquín Chamorro nos refirió a todos los presentes lo ocurrido en Granada y terminó diciéndonos, incluyendo a Zelaya, que alistáramos bestias y nos mantuviéramos en contacto con él. Muy de mañana llegó Adolfo al trillo de café de Don Pedro Joaquín Chamorro, en donde yo me encontraba para que le diéramos bestias pues estaba decidido a ir a la Revolución.

En los patios del trillo había gran cantidad de café y por eso yo no lo acompañé debido a la responsabilidad que tenía de cuidarlo, pero le dí bestia a Adolfo y a Salvador Morales Chamorro; aquel se fué muy contento de su participación militar en el asunto. Yo fui capturado al día siguiente por el Gobierno. Cuando Adolfo regresó del movimiento armado contaba todas las proezas y hechos de armas en los que había tomado parte. A mí me impresionó mucho el colorido con que Adolfo me relataba sus hazañas en aquel golpe militar y desde entonces sentí el íntimo deseo de participar en otra Revolución para tener algo que contar de mi parte. Fueron pues los comentarios bélicos del pacífico Adolfo los que sembraron en mi ánimo la semilla Revolucionaria para imitar sus laureles. La vinculación entre Adolfo y yo siguió muy estrecha, pues teníamos entonces comunidad de ideas y pensamientos. Enrique Díaz, su hermano, llegó a ser socio de la firma Pedro Joaquín Chamorro y fue metiendo a Adolfo hasta llevarlo a jefe y así permaneció hasta la quiebra del negocio motivada por las persecuciones constantes que después le hizo el General Zelaya. Adolfo siempre continuaba un poco esquivo en la dirección propiamente de los asuntos políticos, pero cuando opinaba sobre ellos lo hacía muy acertadamente. Tenía una peculiar manera de observar hechos y personas, acumular ex-



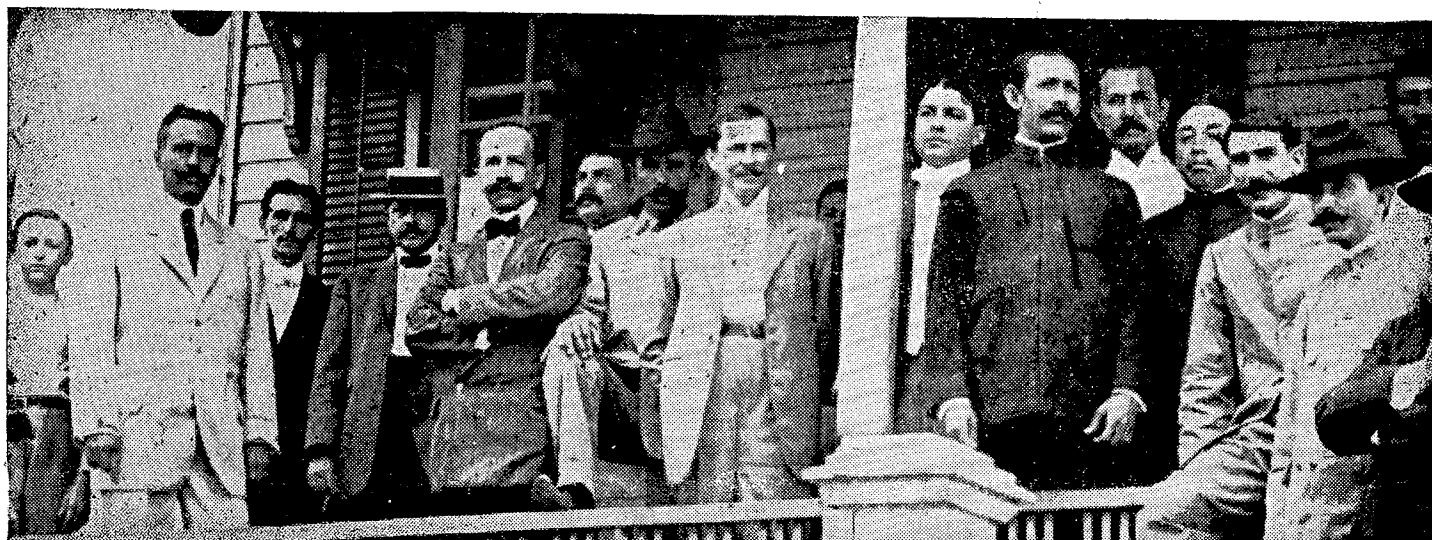
Don Adolfo Díaz en la época de la Revolución de la Costa.

perencia, sacar conclusiones y dibujar su propia estrategia y debió ser muy hábil en sus juicios y combinaciones, por cuanto sin ser nunca un mimado de la popularidad, tuvo siempre posición determinante en la política del Partido Conservador y ocupó la Presidencia de la República. No puede decirse que Adolfo padeciera de complejos populares, mas bien era un lógico frío y casi un matemático político pues las sumas que hizo para su propia intervención, de "dos y dos" siempre le dieron "cuatro". En su trato personal, desde su juventud, fue siempre amanerado, prudente y oportuno.

Forzosamente tenemos que considerar la época de entonces. El país se debatía bajo el duro peso de un gobierno dictatorial y arbitrario. Ya sabemos que la columna vertebral de la dictadura es la arbitrariedad. Por otra parte los Estados Unidos intervenían en forma menos diplomática que ahora en los asuntos de éstos pequeños países. En las conversaciones privadas que tuvimos Adolfo y yo en aquel entonces, quedaba claro que mientras él juzgaba a su manera la política Norteamericana en Nicaragua, yo ocupaba mi tiempo en armar Revoluciones. Fue entonces que él se fué a la Costa Atlántica y logró hallar sus conexiones con Norteamericanos que tenían negocios en el lugar. Se hizo querer e intimó mucho con el General Estrada que era entonces el Gobernador de la Costa. Juan Estrada era hombre de la confianza del Presidente Zelaya y por lo mismo manejaba su cargo con autoridad amplia y bastante. El Partido Liberal, con Zelaya, manejaba la cosa pública como propia. El Partido Conservador perseguido y arrinconado solamente buscaba la manera de aflojar la soga que lo estaba ahorcando. Uno de los nudos de esa soga lo tenía Juan Estrada en sus manos. No se escapa, pues, al comentario las utilidades que recibía el General Estrada desde su posición, en todos los órdenes relacionados con la vida del País. Pero Adolfo que llegó a ese campo como un

desconocido, logró con tenacidad y constancia intimar con el Gobernador y merecer su confianza. Fue una labor magnífica la que me imagino desarrolló Adolfo semana tras semana rodeando con argumentos y palabras la fortaleza del General Estrada. Nunca se sabrá la medida de aquella habilidad política con la que Adolfo logró adentrarse, lentamente y poco a poco en el afecto del funcionario de Zelaya. Cuando se le preguntaba cómo había logrado penetrar con las armas de su habilidad política en el cerrado cerco del General Estrada para hacerlo de su causa, Adolfo como dice nuestro Poeta en sus conocidos versos, solamente sonreía. La verdad es que convenció al General Estrada de que debía de redimir al país de la dura tiranía de Zelaya con un pronunciamiento militar que permitiera el restablecimiento de las garantías necesarias. Pero Adolfo no había hecho solamente eso, sino que con algunos amigos Norteamericanos con los que tenía contacto había logrado simpatía para la idea de derrocar al Dictador. Mueve pues a profundas meditaciones la conducta política de Adolfo Díaz, que solo y sin armas alimentó la idea de abatir la tiranía descansando únicamente en su cerebro. ¿Cómo llegó de modesto empleado a convertirse en el mentor del amo de la Costa Atlántica? ¿Cómo pudo, sin sufrir persecución y castigo desdoblar la personalidad de un alto jefe de Zelaya para convertirlo en un aliado eficaz de su plan? ¿Cuántos días y cuántas noches dejó caer la arena de sus argumentos en el reloj del tiempo de la mente del General Juan Estrada? La realidad es que lo hizo y lo logró. Yo, no tuve ninguna participación en ese prólogo Revolucionario de la Costa Atlántica. Pero Adolfo le habló al General Estrada de mí cuando el proyecto estaba maduro. Su prudencia conmigo y con Estrada llegó al límite, en relación a mi participación en el asunto ya que se hizo el compromiso, cuando yo conversé con Estrada de que si no me gustaba la solución, me dejarían sa-

En Bluefields, en casa de don Adolfo Díaz. De izquierda a derecha: un niño de apellido Argüello, Carlos Cuadra Pasos, Fernando Elizondo, Zenón Rivera, Leopoldo Rosales, Mateo Guillén, Agustín Báez, Adolfo Díaz, Mr. Shill, Emiliano Chamorro, Ernesto Fernández, José Manuel Durón, Constantino Báez, Alejandro Cárdenas, Luis Sequeira, y Rodolfo Poessy. Año 1910.



lir del País. Mi nombre ya tenía alguna resonancia popular por cuanto los intentos y movimientos que ejecutaba tenían la mira de acabar con la Dictadura. Los pobres medios bélicos con que se contaba para la lucha no nos permitían ningún golpe decisivo contra el régimen. Debe pues reflexionarse mucho en estos dos extremos: El camino difícil que yo elegí para combatir con armas a Zelaya con resultados, hasta ese momento, negativos y el sendero escabroso que escogió Adolfo de la combinación y el juego político, en que siendo él general y soldado, solitario, en el campo de lucha llegó hasta la propia fortaleza del General Estrada y obtuvo el éxito positivo de colocar la daga en el propio cuerpo de la tiranía para hacerlo sangrar hasta su muerte.

Ya para esa fecha Adolfo era alto empleado de las minas de oro Los Angeles y La Luz, que eran las más grandes del País y por esa posición mantenía sus contactos con los representantes Norteamericanos de esos cuantiosos intereses. Tenía pues conseguido Adolfo, por un lado, la solución militar con el pronunciamiento del General Estrada y por otro, las conexiones necesarias con la política del Departamento de Estado en Nicaragua. Además la reputación de que ya gozaba de hombre hábil y de visión, lo colocaron como el alma de la Revolución de la Costa Atlántica. Todos reconocimos su decisiva intervención. Pero hay algo más, consiguió también a los liberales prominentes de la Costa Atlántica y los hizo sus aliados, restándole así un valioso contingente a Zelaya. Era sorprendente ver a un político conservador como Adolfo Díaz manejando diestramente a los elementos liberales que poco antes tenían a Zelaya como el árbitro supremo de sus vidas y haciendas. Seguramente el contacto con liberales y conservadores, el sabor del éxito de gestiones privadas suyas y el resultado positivo de un cerebro bien puesto, lo llevaron a un pacifismo permanente, enemigo de toda violencia, no obstante de que se sabía poseedor de un valor legítimo. Cuando yo llegué a la Costa me di cuenta de que el hombre del momento era Adolfo Díaz. Jugaba con tacto y talento con estos factores: Juan Estrada era la fuerza militar y ejecutiva del Gobierno, los liberales importantes desgajados de la mata Zelayista que era precisamente los mejores aliados por cuanto trataban de justificar su reciente pasado y la simpatía, tan valiosa como siempre, de los elementos Norteamericanos. Que se supiera, nada pedía para él y que se adivinara nada apuntaba hacia su persona, pero sin lugar a dudas era el auténtico valor en todo el plan. Nunca olvidó Adolfo ese temperamento apaciguador y fue siempre el permanente mediador en las luchas sangrientas en que desde entonces veníamos empeñados los Nicaragüenses. Puede ser que con el sereno análisis que Adolfo hacía de todos los

elementos presentes de un problema y el examen exacto y realístico de sus factores llegara al convencimiento de que la política Norteamericana en relación con Nicaragua, daría mejores frutos a la larga que la orgullosa nacionalidad salpicada de sangre que hemos padecido como crónica agonía en el País. No me atrevo a afirmar de ninguna manera que Adolfo admirara o quisiera la intervención como un anhelo muy personal suyo, pero sí tengo que admitir que la fuerza de la posición que tuvo en el panorama político nicaragüense a mi modo de ver, descansaba más en la amistad del poder extraño que en los propios recursos con que se contaba aquí. Creo que Adolfo descartaba las cuestiones muy particulares de patriotismo mal entendido y enfocaba todo con la crudeza de un científico. Una figura que tengo en la mente puede explicar mejor mi punto de vista: Un cuerpo enfermo, debilitado por abiertas heridas que sangran continuamente. Un médico criollo quiere intervenir sin contar con los medios necesarios; en cambio un Doctor extranjero contando con todos los recursos puede hacer la curación. La conclusión científica nos lleva a pensar en la conveniencia de la salud del enfermo, aún cuando quizá los honorarios profesionales resulten imposibles para la bolsa del paciente. Puede ser que Adolfo creyera de buena fé que era mejor curar al enfermo a todo trance. Se puede creer pues que Adolfo tenía mentalidad más científica que criolla. En política no creo estar muy errado en el ejemplo, y sin tratar de establecer paralelo alguno, solamente con el propósito de aclarar mi punto de vista, por lo demás muy personal: hoy día se festeja y aplaude con razón al Sr. Muñoz Marín por el efectivo e innegable progreso de Puerto Rico, sin que nadie se atreva a decirle que no es, como yo lo creo, un legítimo ciudadano de Puerto Rico. Con esto no quiero decir que yo pienso como Adolfo o como el Sr. Muñoz Marín, sino que para mí es digna de estudio y de respeto la posición de ambos en sus respectivas políticas nacionales.

También es un hecho cierto que Adolfo siempre creyó en la leal amistad de los Estados Unidos como gobierno. Muchas veces se confundió aquí en Nicaragua el manejo de algunos personeros y hombres de negocios Norteamericanos con la verdadera política del gobierno de los Estados Unidos y es evidente que eso no es así; por eso se culpaba a Adolfo y a otros políticos incluyéndome a mí de que no reaccionáramos contra actitudes de algunos elementos Norteamericanos que en ningún momento representaron la auténtica política de su gobierno. Adolfo sabía muy bien establecer esas diferencias y actuaba de acuerdo con lo que juzgaba que era conveniente para Nicaragua y para su Gobierno. Lo que sí es una realidad es que la política Norteamericana se escribe y se dicta en Inglés y lógicamente su traducción

al español a veces resulta inadecuada. Pero Adolfo sostuvo siempre que una política americanista era favorable para los intereses nacionales; tal opinión es la misma que tuvo el Partido Conservador y yo mismo en muchas circunstancias. La forma y manera en que actuó Adolfo en relación con la política de los Estados Unidos lo lleva a uno a profundas meditaciones, sin caer desde luego en sentimientos patrióticos. La verdad es que por la Historia, por la Geografía, por la Economía y hasta por el porvenir no conviene a ninguna nación pequeña de nuestro Continente desligarse en forma de oposición, a la política Internacional de los Estados Unidos. Adolfo, en esto, se adelantó a su tiempo. No lo detuvo la crítica apasionada, ni la violencia organizada, ni las conveniencias locales y si se quiere, ni la conducta impropia de algunos miembros de las fuerzas de ocupación de la Marina Americana en Nicaragua. Su visión fué con proyecciones de futuro y ojalá que ya en los últimos años de su vida haya tenido la satisfacción de recibir algún reconocimiento por haber divisado a los Estados Unidos como una Nación Líder de los principios cristianos en el mundo. Don Diego Manuel Chamorro colaboró con él en esta visión. También fué Adolfo uno de los propulsores principales de la convivencia de Liberales y Conservadores. Nunca persiguió a nadie y mucho menos ejercitó sanciones o castigos por el credo político de persona alguna. Personalmente yo creo que Adolfo fué hombre útil para el País y para el Partido Conservador. Y si sinceramente creyó que todo debía de hacerse en Nicaragua de acuerdo con la política de los Estados Unidos, no encuentro en ello motivo para criticarlo. Yo no pensaba, ni pienso, exactamente como él a ese respecto, pero reconozco el valor moral con que él mantuvo su tesis contra viento y marea. Para muchos ese fué su punto débil. Se cree que como no fué un político popular no le preocupaba realmente la popularidad y yo creo que efectivamente así era. Particularmente me parece que él no valoró nunca en su exacta dimensión lo que es la popularidad y tampoco se prestaba su temperamento un tanto esquivo para ser el hombre llevado y traído por las masas. Por ejemplo, la posición que tuvo tan destacada y brillante en la Costa Atlántica cuando la Revolución de Estrada, no la administró en el sentido popular, sino que por el contrario perdió muchas simpatías por su decidida vinculación con los Estados Unidos. Como administrador en su Gobierno fué honestísimo, hasta el extremo que salió con deudas de la Presidencia de la República y tuvo que abandonar el País acosado por sus acreedores. De generoso corazón ayudó de su propio peculio a numerosas personas y esto aumentó naturalmente sus deudas. Cabe aquí meditar sobre la honestidad en la administración de los bienes públicos. Es casi tradi-

cional en el Partido Conservador el pulcro manejo de los fondos del Estado y es muy raro que se conozcan malversaciones y peculados en las administraciones Conservadoras. No niego que en Gobiernos Mixtos donde colaboran elementos conservadores y liberales no ocurran hechos que estén al margen del séptimo mandamiento pero no se puede concluir por eso que la política del Partido Conservador haya sido o sea deshonestas. Quiero llamar la atención de la Juventud de Nicaragua hacia la conducta ejemplar de Adolfo Díaz como gobernante probo y correcto. Creo que la corrupción económica es la fuente casi exclusiva de todas las otras corrupciones. Se debe señalar como una máxima virtud la probidad de Adolfo Díaz. ¿Por qué si se le apunta al Debe su decidida admiración a los Estados Unidos no se le acredita al Haber su acrisolada honradez y su invariable respeto por los bienes del Estado?

Claro está que entre dos políticos de vida activa como él y yo tuvimos posiciones en franca y abierta oposición, pero eso nunca afectó la amistad personal. Recuerdo que él estaba dispuesto a la supervigilancia de nuestros procesos políticos por los Estados Unidos; yo era opuesto a esa supervigilancia y precisamente en cierta ocasión esta disparidad de criterios nos llevó a discutir la tesis en el Congreso Nacional en donde con mis amigos hice triunfar mi punto de vista, pero él llevó las cosas a la Corte y allí obtuvo el cumplimiento de sus deseos. En otra ocasión y siempre en esto de la supervigilancia, le pedí a Adolfo que hiciera un viaje sorpresivo a los Estados Unidos, en donde obligatoriamente tendrían que oírlo como Presidente en ejercicio para que así se arreglaran todos los problemas atinentes a la intervención Norteamericana en Nicaragua. Creía haberlo convencido, pero él consultó el asunto con los Doctores Máximo H. Zepeda y Carlos Cuadra Pasos y éstos se opusieron a la visita consultándole a Mr. Cordell Hull quien desde luego la obstaculizó. Adolfo me enseñó el largo cable de Mr. Hull en el que, después de un rosario de elogios y flores le indicaba la conveniencia de no hacer el viaje. Pienso que si aquella visita que yo aconsejé se hubiera llevado a cabo, se habrían evitado muchos malos entendidos posteriores y al mismo Adolfo muchas amarguras. En el caso que acabo de citar de la supervigilancia de los Estados Unidos en nuestros asuntos electorales queda demostrado palmariamente que fué un error no aclarar directa y personalmente la posición del Gobierno de aquel entonces y del ambiente que se vivía en Nicaragua. Aquella supervigilancia nos trajo una larga y pesada cola, algunas de cuyas sacudidas todavía nos golpean.

La Revolución de la Costa Atlántica, en la que luego participé en forma determinante, dejó como personas visibles a Adolfo Díaz, a Juan Estrada al General Luis Mena y a mí.

Adolfo, en el ejercicio de humanas aspiraciones, hizo sus contactos con oportunidad y sin pronunciarse definitivamente, a ratos estuvo con Mena, con Estrada y conmigo. Yo creo que tenía gran parte de la fuerza popular de mi lado. Nunca se mostró Adolfo hostil a mí en aquel momento, pero yo sospechaba y hasta sabía que lo tenía enfrente. Era natural que Adolfo tratara, de la manera como él sabía, de eliminarnos a Estrada, a Mena y a mí. En cierta oportunidad de aquellos días, en que Estrada disolvió la Constituyente que había promulgado una nueva Constitución que nunca tuvo efecto, Adolfo me llamó y me dijo: "Tal vez te convendría salir del país, aquí pueden ocurrir acontecimientos graves y no sabemos quién va a quedar"... Yo acepté el consejo y me fuí a Honduras. Cuando cayó Estrada quedaron solos él y Mena y yo en Honduras, pero cuando Mena puso al propio Adolfo contra la pared me llamó a mí y yo me vine y ya juntos los dos eliminamos a Mena. Me nombró General en Jefe cuando él quedó en el poder, pero llamó a Moncada y estableció así un curioso equilibrio. Luego, por el mismo tiempo comenzó a crecer a Carlos Cuadra Pasos y así jugó ese nuevo elemento en política. Diviso aquellos tiempos con cierta cómica resignación al recordar aquellos hombres maniobrando en política con la luz de su intelecto. Qué gran diferencia con muchos otros que imponen su posición con la violencia.

De todas aquellas combinaciones que vinieron como secuela de nuestras actuaciones políticas se llegó más tarde a la coalición que dejó a Don Carlos Solórzano en la Presidencia de la República. Don Carlos Solórzano respondía a una política indefinida pues los pringues rojos y verdes con que estaba pintada no eran ni rojos claros ni verdes vivos. Por supuesto, el descontento de los conservadores que entonces llamaban "chamorristas" era grande, pero yo estaba alejado en mi finca oyendo llover sin mojarme mucho. En cambio Adolfo estaba en contacto permanente con los amigos y tenía ya su madeja bien bordada. Cierta día me llaman y me dicen que Adolfo me espera en su casa con un grupo de nuestros amigos. Concurro a la cita y me encuentro con que Adolfo estaba resuelto a ponerle fin al Gobierno de Don Carlos Solórzano. Oigo y comprendo la situación, pero les pido que me permitan visitar a Don Carlos en la Casa Presidencial para pedirle que repartiera los Departamentos del país que entonces eran 15, así: seis para los liberales, seis para los conservadores y 3 para el propio Don Carlos. El propósito era demostrarle al país quién de los dos partidos era mejor administrador y por ende dejar a Don Carlos quieto con su Presidencia. Aceptaron, Adolfo y los amigos, que yo fuera a ver a Don Carlos, le expliqué que estaba sentado sobre un volcán, que para su conve-

niencia y la del país nos diera lo que yo le pedía y que así conservaría la presidencia y gobernaría en paz. Don Carlos me recibió y me escuchó por cierto que cuando yo subía el Ministro Americano bajaba. Quedó Don Carlos de resolverme y así lo hizo, pero su respuesta fué que solamente nos daba a los conservadores un departamento. Ante esa situación inaceptable Adolfo y yo convenimos en que me tomara la Loma lo que hice sin disparar un tiro. Yo deseaba dejar a Don Carlos en la Presidencia, pero Adolfo no. La madrugada que entré a la Loma llamé por teléfono a la Casa Presidencial a Don Carlos y le dije: "Cómo amaneció Don Carlos, aquí le habla el General Chamorro". Me contestó muy asustado, "De dónde me llama?". "Pues de la Loma, Don Carlos". "¿Y qué está haciendo allí?", me preguntó. "Nada", le contesté, "solo quiero que le avise al Campo de Marte que a las ocho de la mañana me deben entregar todas las armas que hay allí y rendirse". Don Carlos colgó el teléfono. Como llegaran las ocho de la mañana y el Campo de Marte no contestara se le hicieron algunos disparos al aire y vino la rendición. Yo quería dejar a Don Carlos en la Presidencia, pero Adolfo era opuesto a esa idea. Así fué que de acuerdo con Adolfo asumí la Presidencia de hecho. El Ministro Americano Eberhardt, personalmente simpatizó con el asunto, pero la política del Departamento de Estado era otra. No me reconocieron y meses después llegó la Presidencia de la República a manos de Adolfo. Hubo reconocimiento y aquí paz... y después gloria.

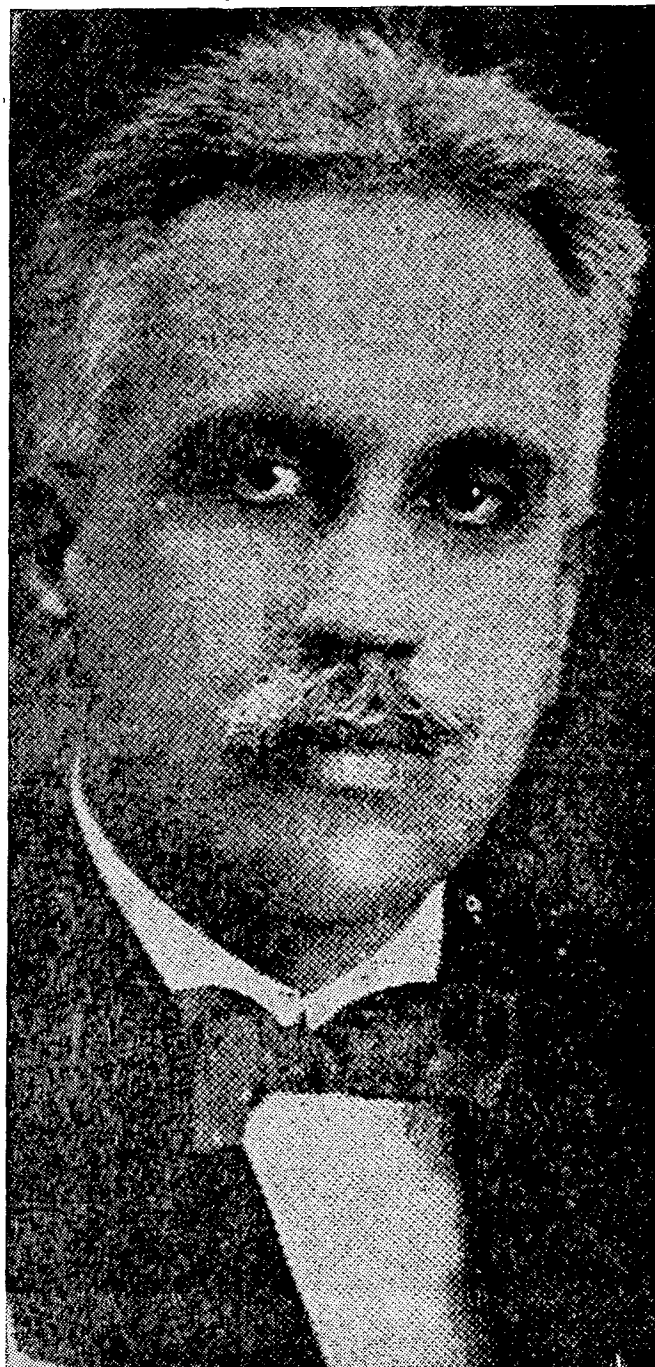
Como dije antes Adolfo era valiente. Una vez que veníamos embarcados en La Florencia, una lancha pequeña de Puerto Limón a Bluefields, el General Sierra, de Honduras, mandó un barco "El Tatumbula" bien armado a perseguirnos pues estaba de acuerdo con Zelaya, y sin aviso alguno, se nos vino encima y solamente una maniobra hábil de nuestro Capitán nos salvó del naufragio. Adolfo que estaba en la bodega salió enfurecido y me dijo: "Ahora es que quisiera un cañón en mis manos para hundir a esos perversos". En relación con este hecho hay algo divertido que retrata muy bien a Adolfo: El estaba en Puerto Limón, Costa Rica, empleado como secretario del Gobernador Don Eduardo Beeche quien le había dado ese puesto para ayudarlo y lo estimaba mucho; sin embargo se juntó con nosotros y se vino a la Revolución solamente para que el Sr. Beeche no lo regañara por toda la ayuda que nos había dado para el movimiento.

A mis años estos recuerdos conmueven mi espíritu en sencillo homenaje a Adolfo, mi buen amigo. Un día, pasada la tormenta, aparecerá el sol de la verdad y nos hará justicia a todos.

CARLOS CUADRA PASOS

Creo que mis amigos conservadores no esperan que escriba sobre la vida del Doctor Carlos Cuadra Pasos, o sobre las causas de las frecuentes diferencias políticas que surgieron entre nosotros, cuando los dos cruzábamos esos mismos andurriales. Pero si así fuere, buen fiasco se llevarían porque al hacerlo, no sujetaría mi voluntad a las debilidades del carácter humano que, a veces, olvida lo más conveniente y justo por alcanzar alturas que para llegar a ellas lo pueden llevar hasta el sacrificio.

Carlos Cuadra Pasos era unos cuantos años menor que yo y, sin embargo, andando el tiempo, su personalidad política creció tanto que estuvo a punto de sobrepasar la mía,



si hubiera llegado a tener la popularidad y fuerza de opinión de que he gozado en el pueblo. Mas esto no se consigue sin medio asfixiarse con el humo de la pólvora.

Como dije en mi Autobiografía, yo llegué a Granada cuando ya tenía 14 años y no es sino años después de ese entonces que aparece en mis recuerdos la figura del jovencito Carlos Cuadra Pasos, elegantemente vestido, conversando con su amigo, igualmente bien vestido, Fernando Chamorro Chamorro, hermano mío, que por esa época vivía en casa de su tío político, Don Pedro Rafael Cuadra.

Me he detenido un poco en querer recordar los primeros pasos de Carlos en nuestras diferencias políticas que tenían que ser grandes como grandes fueron los campos en que nos desenvolvimos.

Esos campos de acción en que nos manejamos el Dr. Carlos Cuadra Pasos y yo fueron diferentes, aún cuando nos juntamos en la vida social y política. No puedo afirmar que naciera entre los dos una amistad íntima y, por lo tanto, los puntos de contacto se establecieron entre nosotros en cuestiones de orden político, ya que formábamos parte del Partido Conservador de Nicaragua. En mi agitada vida revolucionaria, tuve pocas oportunidades de encontrarme con el Dr. Carlos Cuadra Pasos que fué siempre un civil por todos los costados. Mi amistad personal más cercana fué con su hermano mayor, Pedro Rafael Cuadra, ya que éste era casado con Carmela Chamorro. Así intimé con su otro hermano, Miguel Cuadra Pasos, que fué mi compañero de estudios y compañero de juventud. Carlos, realmente, fué más amigo de mi hermano Fernando porque éste convivió, como he dicho, con su hermano, Don Pedro Rafael.

Como yo visitaba la casa de mi pariente, Da. Carmela Chamorro de Cuadra, encontré varias veces al joven Carlos, pero en visitas y entrevistas puramente familiares, sin consecuencia alguna. Años más tarde, ya para la Revolución de la Costa Atlántica, vi más frecuentemente al Dr. Carlos Cuadra Pasos, quien a pesar de su juventud entonces,



Cuadra Pasos y sus hermanos Pedro Rafael y Miguel.



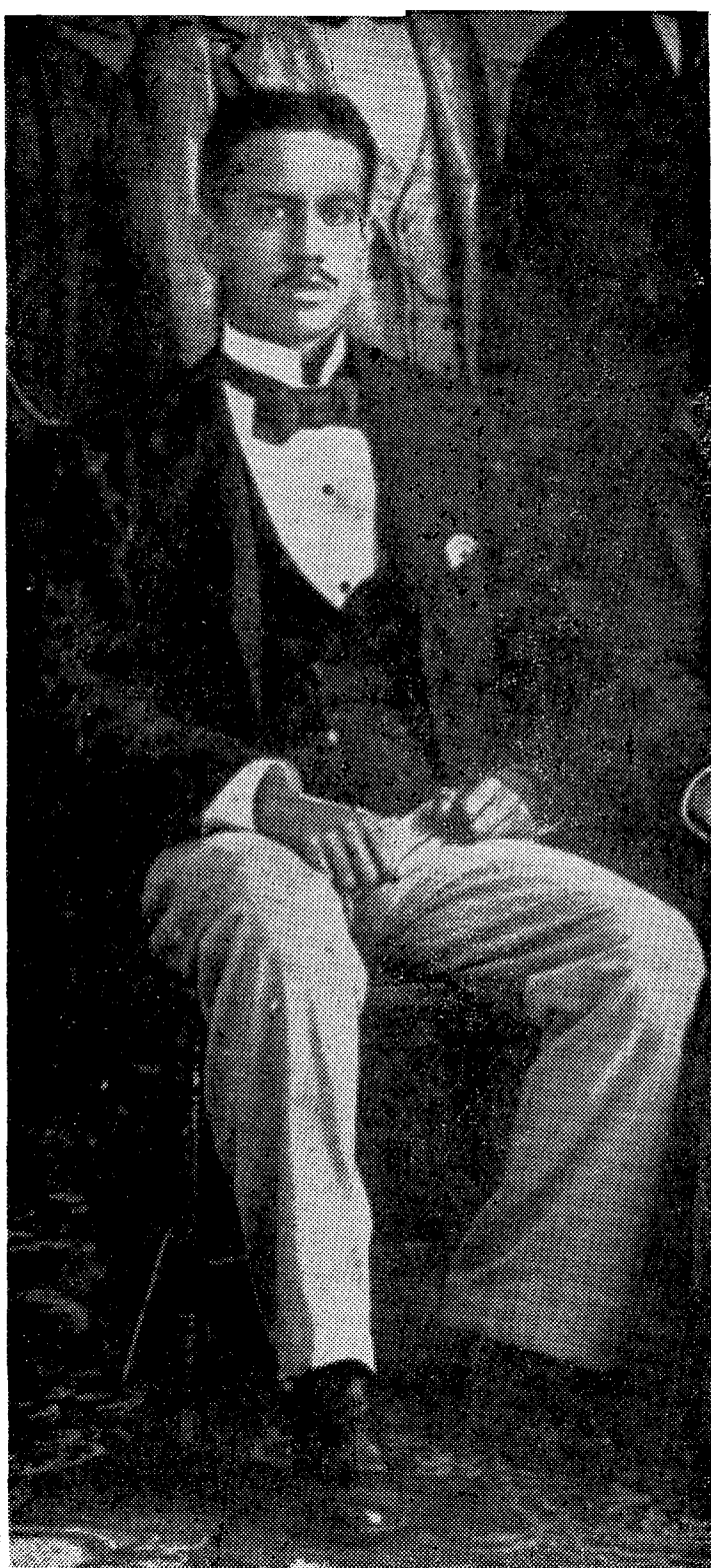
comenzaba a despuntar como novel político. Si conocía yo que la familia Cuadra Pasós a la que él pertenecía, había sufrido las terribles persecuciones del Régimen de Zelaya, igual que los Chamorros; fué, pues, debido al constante acoso de Zelaya que les llegó a los Cuadra la ruina económica, de modo que cuando Carlos llegó a la Costa Atlántica su situación económica era sumamente difícil.

Mi jerarquía militar en esa Revolución de la Costa y mi posición más visible, puede decirse que retardaron el frecuente contacto, entonces, con Carlos, pero él, como hombre preparado y útil en el ramo civil, se fué dando a conocer, despertando la natural simpatía por su actividad, su preparación y su talento.

Creo que en esa época fué que nació la gran intimidad que mantuvo siempre con Adolfo Díaz. No me equivoco pues al afirmar que él y yo estuvimos en aquellos días más separados que juntos; en cambio, sí sabía de su permanente asocio con Adolfo y me parece ahora que contemplo con serenidad las ocurrencias de aquella época, que la similitud temperamental de Adolfo con Carlos y de éste con aquél, los llevaron a unirse siempre más efectivamente, de lo que pudo significar una relación más cercana entre Carlos y yo. Debo dejar claro que la semejanza de caracteres entre Carlos y Adolfo no necesariamente los hacía iguales, pues a mi juicio, también tenían grandes diferencias. Si quiero ser sincero tengo que admitir que sin dejar de notar la figura de Carlos Cuadra Pasos, mis actividades en la Costa Atlántica no me permitieron sostener una estrecha relación con él. Pero también es verdad que por sus dotes de gran orador, de inteligente colaborador y de hombre estudioso, rápidamente conquistaba prestigio y respeto en cuantos le trataban.

Y a propósito de los comentarios que siempre se hicieron alrededor de la situación personal entre Carlos y yo, quiero aprovechar estos recuerdos y meditaciones sobre su personalidad, para desmentir categóricamente, una vez más, la falsa versión de que yo una vez lo había puesto a ensillarme mi caballo. No sé de dónde salió tan burda especie, pero sí me imagino que fué con el propósito de maltratarlo con motivos políticos. Como digo, eso nunca ocurrió. Además, ¿cómo podía yo que era chontaleño de cepa y por lo tanto nacido a caballo, requerir la ayuda para estos menesteres que conocía muy bien y que aún ahora viejo me agrada desempeñar? Por otra parte, ¿a quién se le podía ocurrir que yo podía irrespetar la persona de Carlos con un servicio de esa naturaleza?

Rozamientos y choques, entre Carlos y yo al comienzo de nuestra amistad, no los podía haber, ya que como dejo relatado, mi posición militar y política estaban en aque-



Carlos Cuadra Pasos el día de su bachillerato (1896).

llos días algunos grados más elevada que la que podía merecer la juventud de Carlos.

Ya en Managua, pasada la Revolución de la Costa y agitada la vida nacional con una variedad de sucesos de todo orden, en el campo político sí surgieron distanciamientos y diferencias entre Carlos y yo. Y si quiero ser veraz hasta el extremo de parecer un tanto rudo, pienso que la constante y mar-

cada preferencia de Adolfo Díaz por la personalidad de Carlos en relación conmigo, en todos los tiempos, fué "la verdadera madre del cordero" en donde se originaron nuestras diferencias políticas. No hay duda alguna de que Adolfo creyó siempre que Carlos Cuadra Pasos había nacido para Presidente. Y no culpo a Adolfo en éste juicio, pues es cierto que Carlos reunía condiciones para desempeñar con altura esa posición. Y aquí viene mi mente un recuerdo doloroso. Estaba yo en Washington cuando me llegó la consulta para que me pronunciara sobre la candidatura de mi respetado amigo Don Pedro Rafael Cuadra, por quien yo sentía sentimientos familiares, no sólo por su matrimonio con Doña Carmela Chamorro, sino por el trato afable de Don Rafael para conmigo. Pero en ésa elección del año 1916, cuando apareció la precandidatura de Don Pedro Rafael Cuadra ya mis amigos personales y políticos tenían trabajos y actividades alrededor de mi nombre. La política es una larga y penosa cadena de compromisos. Muchas veces la voluntad propia queda sujeta a la voluntad de los amigos, especialmente cuando éstos, con lealtad y sacrificios, lo rodean a uno como el objeto principal de sus sentimientos. Esa es la amarga cuota que tiene que pagar un Caudillo; ese es el alto precio que tiene que abonar el Jefe de un grupo político, pues no es humano, ni lógico, ni justo, devolver a los amigos que lo han expuesto todo por uno, la negativa dura que los puede llevar al desencanto.

Había recibido yo en Washington numerosas instancias para que aceptara la candidatura en esas elecciones, pero tuve que aceptarla cerrando los ojos ante las aspiraciones de Don Pedro Rafael Cuadra y si bien es cierto que en esos días se colmaba un legítimo anhelo de mi actuación política, también lo es que en la intimidad de mis sentimientos me dolió esa actitud para con Don Pedro Rafael. Cuando regresé de Washington puede decirse que ya había desaparecido de la actividad política agitada su figura. Estaba al frente de esa posición su hermano, Carlos Cuadra Pasos, que era ya la persona visible de ese grupo. No debe olvidarse que la popularidad que rodeaba mi persona era grande. Mis luchas contra Zelaya y mis esfuerzos permanentes por la superación de mi Partido, me habían colocado en el puesto de Caudillo con todas las ventajas, pero también con todas las responsabilidades y sacrificios. Supongo con alguna razón, que Carlos Cuadra Pasos impulsado por sentimientos fraternales hacia Don Pedro Rafael no debía sentir por mí una marcada simpatía y creo que ese natural sentimiento lo llevó a buscar la manera de ponerme algunas piedras en mi camino. Recuérdese que él contaba siempre con el respaldo invariable de Adolfo Díaz. Y es curioso que el hecho de que Adolfo me guardaba sentida amistad personal, lo que

no creo que ocurriera con Carlos, pero es un hecho real que siempre que pudo se me atravesó poniéndome enfrente la ya valiosa figura del Dr. Carlos Cuadra Pasos.

Siguiendo el objetivo de su propia estrategia política, fundó Carlos un grupo que se llamó "Los Amigos del Gobierno". Como viejo en estas andanzas pienso como Dn. Ricardo Jiménez Oreamuno, ex-Presidente de Costa Rica que la sombra oficial es como la del manzanillo, fácilmente seca todo lo que cubre, por eso me resulta curioso que Carlos llamara a su Partido "Los Amigos del Gobierno". Seguramente los componentes de esa agrupación estaban decididos a defenderme de cualquier manera. Desarrollaron fuerte presión oficial hasta el extremo de notificar seriamente a todos los empleados públicos, a quienes pusieron a firmar actas, de que debían dar su adhesión política a "Los Amigos del Gobierno", amenazando con la destitución inmediata a quienes no acataran la tan poco democrática orden.

La actitud decidida de evitar toda manifestación política a mi favor llegó a extremos verdaderamente duros, por ejemplo, en Masaya el Jefe Político Sr. Manuel García Otolea se enfrentó con la fuerza pública a una reunión con mis amigos y ocasionó el saldo trágico de 17 muertos y heridos, y cosas así o parecidas ocurrieron en diversas localidades del país.

El safarrancho del Jefe Político de Masaya, García Otolea, creó una situación violenta, una lucha entre los partidarios del Doctor Cuadra Pasos y los míos, hasta el punto que llegué a pensar que, para no comprometer al Partido, sería mejor que desistiera de mi candidatura y escogiera a otra persona que fuera igualmente aceptable para Carlos y Don Pedro Rafael, —aunque este último, en verdad, no presentaba ya ninguna dificultad por motivo de mi negativa a aceptar la suya. Fue entonces que pensé en que la candidatura de Eulogio Cuadra podría ser la solución del problema, pues para mí Eulogio era enteramente aceptable, pues durante mi vida en Honduras fuimos ambos íntimos amigos y la última vez que nos vimos fue cuando me vino a encaminar hasta cerca de la frontera de Nicaragua cuando llegué a Dipilto con unas fuerzas revolucionarias. Mas tuve que rechazar ese pensamiento mío, cuando al ir a encontrar a mi amigo Eulogio Cuadra a la Estación de Ferrocarril de Managua, a su regreso de Honduras, Eulogio me negó el saludo, no dejándome otra alternati-



Don Eulogio Cuadra



Cuadra Pasos y Espinosa R., elocuentes tribunos de las Conferencias del Denver.

va que el de la lucha abierta con su hermano Carlos, ya que entonces conocí el carácter duro de Eulogio.

Sin embargo, en cierta ocasión nos encontramos juntos los dos grupos políticos en Chontales: los amigos de Carlos y los míos. Casualmente nos reunimos al mismo tiempo en Juigalpa. Y fué en esa capital Departamental en donde, en la plaza pública, por la noche nos enfrentamos en un democrático debate, en el que oradores de cada grupo ofrecíamos "el oro y el moro" al pueblo y era divertido ver a los oradores de cada agrupación superarse más y más en promesas para el pueblo. Hasta nosotros, los jefes intervenimos en ese debate. Y puede afirmarse que mi defensa ante el torrente oratorio de Carlos estuvo descansando en mi fuerza popular.

Reconocido es en Nicaragua el prestigio de tribuno del Dr. Cuadra Pasos. Sus actividades en ese campo llegaron a colocar muy alto el nombre de Nicaragua en las Conferencia Internacionales, fué un diplomático nato, un internacionalista de altos ribetes. Su nombre, muy respetado en las actividades internacionales le dieron legítimo brillo al país y rodearon su nombre con auténticos valores y prestigios.

Volviendo al debate público ocurrido en Juigalpa, recuerdo que al abandonar Carlos este pueblo, me dejó el campo libre para mi campaña, creo que se dió cuenta de que los chontaleños, que me tenían con razón como un auténtico hijo de sus montañas, le demostraron que yo contaba con ellos irremediablemente. Pero al regresar yo de esa gira y llegar a Granada, me esperaban numerosos amigos formando una verdadera manifestación de fuerza popular, llenos de entusiasmo y de fé, en lo que ya se divisaba como un triunfo de mis amigos y mío. Esta llegada mía despertó fuerte exaltación dentro del grupo de Carlos y como algo inevitable, se produjeron choques y un intenso tiroteo salido de las filas de los amigos de Carlos.

Yo mismo me vi en gran peligro rodeado de soldados que disparaban. Allí perdió la vida mi estimado partidario, compañero de lucha y amigo muy querido, Dr. Horacio Saballos, distinguido abogado, que al desaparecer en forma tan inusitada llenó de duelo, amargura y resentimiento nuestras propias filas. La atmósfera política se puso tensa; el ambiente se llenó de presagios y negros nubarrones manchaban el cielo del porvenir.

Carlos, con su clara inteligencia y su ya experimentada actividad política, reconoció que la situación se presentaba oscura; se movilizaron en idas y venidas y como siempre ante hechos así, apareció la figura pacificadora de Adolfo Díaz y se dieron los primeros pasos para un entendimiento, el que precisamente se llevó a cabo un 15 de Septiembre, arreglo mediante el cual Carlos, y por supuesto, Adolfo, apoyaría mi Candidatura y yo le daría el Ministerio en Washington a Carlos. Desgraciadamente después de llevado a cabo el compromiso entre Carlos y yo —con Adolfo como una especie de garante— se produjeron publicaciones periodísticas atacando el entendimiento y en particular a Carlos, y cuando llegó la oportunidad, yo quise cumplir lo pactado, pero Carlos creyéndome autor de esas publicaciones no aceptó el nombramiento en Washington y me dejó libre las manos para actuar.

No tendría motivos para negar, si yo hubiera sido el instigador de esos artículos de periódicos, porque después de todo ese juego y rejuego se vive en nuestra política, pero, honestamente, yo nada tuve que ver con eso. Lo que ocurrió es simple: Carlos no podía gozar de la simpatía de mis amigos que siguieron viendo en él al ya clásico enemigo, y sin control yo en esas actividades muy propias del fuero interno de cada quien, ni supe, ni pude, consecuentemente, evitar que las cosas ocurrieran así. Llamé a Carlos varias veces para que aceptara la posición en Washington pues deseaba cumplir mi compromiso, pero fué imposible convencerlo. Quedamos sí como amigos y confieso, que a pesar de todas esas vicisitudes Carlos fué siempre un buen Conservador.

Personalmente, el concurso de Carlos me fué siempre de valiosa utilidad. Cuando los sucesos de El Lomazo fué mi representante en Washington para lograr el reconocimiento; actuó con gallardía, con lealtad y con oportunidad. Cuando las Conferencias del Denver intervino brillantemente a favor de mi causa, destacándose como figura relevante, defendiendo la tesis nuestra con su palabra luminosa, su sereno juicio y su oratoria verdaderamente asombrosa. Vale la pena recordar que en aquellas pláticas del Denver se enfrentaron dos verdaderos gigantes de la palabra: de nuestro campo, Carlos Cuadra Pasos y en la oposición el Dr. Rodolfo Espinosa R.

Más tarde cuando los sucesos del 54 en que se planteó mi desaforo en el Congreso, él me defendió lealmente.

Tengo un recuerdo penoso que me afecta hoy día con tristeza: Carlos tuvo significativa actuación en las Conferencias de la Habana, en las que los Estados Unidos tenían delicada posición por la forma en que intervenían en los países pequeños especialmente en el nuestro. En aquel momento Carlos fué decisivo para defender con altura la peligrosa situación en que se encontraba el Gobierno Americano y lógicamente eso podía rendirle frutos políticos en Nicaragua. Efectivamente, Adolfo Díaz me invitó con el propósito, ya conocido por mí, de recabar mi apoyo a una posible candidatura de Carlos ya que se pensaba que tenía la simpatía del Departamento de Estado. Fuí, pues, atendiendo la llamada de Adolfo con el fin de darle mi respaldo político a Carlos; pero al llegar a la cita y antes de conversar con Adolfo, me encontré con Carlos quien me dijo que si yo no apoyaba su candidatura, todos mis amigos serían despedidos del Gobierno. Yo sentí esa advertencia como una amenaza y a pesar de que iba a brindarle mi respaldo, reaccioné diciéndole: Que no lo apoyaba. Hoy que ha pasado mucha agua bajo el puente, comprendo con pena que mi actitud fué más violenta que comprensiva. La vanidad es mala consejera en política. Y ese hecho que acabo de referir me ha dejado siempre la impresión de que no fuí justo con Carlos. Claro que fué visible la falta de tacto de él y eso me pareció muy extraño en una personalidad

tan medida, tan discreta y tan inteligente como la de Carlos. Pero en mi caso lamento ahora el reconocer que yo quedé en deuda con Carlos. Creo pues que en esa oportunidad yo no actué bien. Ya en días cercanos tuvimos otras diferencias: él quiso, muy temprano, acercarse al General Somoza García para obtener algún entendimiento y tampoco lo apoyé. Pensemos que en aquel momento Somoza no significaba todavía lo que fué después y nosotros, sus opositores, creíamos que era más posible lograr su caída, que entendernos. Parece que no apreciamos la situación con la realidad desnuda que merecía.

Carlos actuó en forma destacada en los Gobiernos de Adolfo y de Don Diego y fué amigo del Gobierno, pero yo siempre tuve la sensación de que no debía entregármele del todo. No admite pues comparación la amistad que mantuvo Carlos con Adolfo, que la que tuvo conmigo. Pero es honesto de mi parte reconocer que Carlos le dió prestigio internacional a Nicaragua, fué siempre un civil entero y conservador invariable a pesar de todos los pesares. Repito que en esta liquidación que hago con motivo de su fallecimiento, creo con justicia que le quedé debiendo, a consecuencia, que él, en los momentos difíciles que yo padecí y que tuvo él que ver conmigo, fué oportuno, servicial y útil.

Tiempo habrá para que Nicaragua reconozca que Carlos Cuadra Pasos fué un noble hijo que merece el respeto y la consideración de sus compatriotas.

El doctor Cuadra Pasos pronunciando su famoso discurso sobre la No Intervención — Montevideo, 1933

